Toñito el Sabio

Cuento

17/01/2013

Eduardo Chamorro

“Toñito el Sabio”

(La Vela)

José Antonio era un hombre muy versado, de ingenio agudo y chispeante, estaba apenas en la treintena de su vida, era un hombre de hermosos ojos celestes como el cielo, los cuales eran el mejor atributo otorgado por la naturaleza a su ser, además de su preclara inteligencia. Trabajaba él como Tenedor, llevando libros contables para una Empresa importadora de más o menos alguna importancia en el país y también compraba y vendía ganado ocasionalmente, algo que le dejaba buenas ganancias. En sus ratos libres a José Antonio le gustaba elaborar preciosos poemas, escritos en una caligrafía realmente hermosa, con estilográfica y tinta china de primera, los cuales iba recopilando en un enorme libro al que jocosamente llamaba “Mi Imaginario”. Estaba casado con “La Señorita”, apodo que los parientes daban a Elia María, por su porte gallardo, lozanía y fuerza de carácter. Tenía cuatro retoños con ella: Amalia, Graciela, Felipe y Carlos Alberto, todos ellos estaban aún en la plena niñez. José Antonio también era aficionado a sus traguitos, los cuales disfrutaba en compañía de amigos dilectos, a la vez que soltaba retahílas de chistes, uno tras otro, picantes y de mucho humor picaresco, con una retentiva fenomenal, pues su acervo era prácticamente ilimitado, podía pasar horas contando chistes y no repetía uno solo, también podría decirse que era impresionante el número recurrente de frailes y monjas involucrados en ellos, en temas tan controversiales como “el cirio pascual” o el del “altar supremo del amor” o el de “El Levantamiento de todo el ornamento”. Por la práctica de su trabajo, llevando libros, adquirió José Antonio una capacidad asombrosa de realizar cuentas en el aire, bien podía hacer su cerebro una raíz cuadrada de cinco cifras, dividir quebrados, sacar potencias altísimas, casi lo que fuera, simplemente cerrando unos segundos los ojos, concentrándose, y diciendo: -La respuesta es tal- ¡Y esa era!, de haber estado en otro país hubiera sido sin dudas motivo de estudios y de atracción, pero acá, simplemente lo daban como algo natural, pues por todos era conocido el mote de José Antonio desde que era un mozalbete: “El Sabio”.

Vivía José Antonio con su familia en un pequeño pueblo, puerto lacustre, llamado San Jorge, oficialmente fundado en 1852, población que ocupa una muy pequeña fracción de la ribera oeste del Gran Lago de Nicaragua ó Cocibolca, en lengua indígena, y además goza el mismo de una imponente vista en lejanía de dos volcanes islas, al frente: El Concepción (1.610 metros de

altura) y el Maderas (1,394 metros de altura), a más o menos una hora, surcando el dulce lago en vapor desde el puerto del pueblo. A esta isla los primeros pobladores indoamericanos le dieron el nombre de “Ometepec” que significa lugar de dos volcanes, muy apropiado el mote. San Jorge tiene una especial importancia para el país pues es muy cerca de ahí donde se dio el famoso “Diálogo de los Siglos”, el encuentro de dos culturas desconocidas entre sí, entre el capitán español Gil González Dávila y el Cacique Nicarao-Calli, la mañana del 12 de octubre del año de Dios de 1523, que fue cuando Nicarao-Calli le habló al conquistador ibérico sobre el Diluvio Universal y le hizo muchas astutas e incisivas preguntas, las cuales dejaron completamente asombrado, anonadado, al español, como aquella de que ¿Para qué querían tan pocos hombres tal cantidad de oro? Precisamente, en esa ocasión el jefe indígena regaló a Gil González Dávila muchas piezas de oro y recibió a cambio una camisa de lino, un gorro y otras baratijas, ¡Para variar! Este diálogo dio como resultado inmediato el bautismo a la religión Católica de más de mil guerreros indígenas y las primeras menciones o noticias que se dieron sobre nuestra tierra en el mundo occidental, pues a partir de allí, a la zona se le dio el nombre de “Valle de Nicaragua” . Al lugar donde acaeció este diálogo se le denomina “La Cruz de España”, sita en el camino que va de Rivas hacia el puerto lacustre de San Jorge.

Antes en este mismo año de 1523, el doce de abril, fue también en la ubicación actual de San Jorge donde los conquistadores españoles vieron por primera vez el lago Cocibolca. El capitán Gil González Dávila tomó posesión de él (como si no fuera antes de nadie más, curioso) a nombre del Rey de España y lo llamó “La Mar Dulce”, pues al principio lo confundió con el Océano Pacífico, desengañándose al probar sus dulces aguas. Posteriormente esta zona fue un importante lugar de paso entre el Caribe y el Pacífico, utilizado por el magnate Cornelius Vanderbilt en su “Empresa del Tránsito”, en el traslado de pasajeros y carga entre New York y California, saliendo por “El Puerto de la Virgen” hacia California, durante la fiebre del oro en el este americano, muchísimos años antes de la construcción del Canal de Panamá. Más recientemente, a solamente un quinto de legua al norte, San Jorge vuelve a ser escenario de otro acontecimiento histórico de gran relevancia para Nicaragua y Centroamérica, cuando el famoso filibustero sureño William Walker, estableció ahí su cuartel general durante la guerra de 1856, y también fue en este mismo lugar donde el “Hombre de los Ojos Grises” firmó su rendición incondicional ante los ejércitos de Centroamérica en mayo de 1857, fecha en que finalizó la que se conoce como “La Guerra de Centroamérica”. Sobre el origen del nombre del municipio se habla de dos versiones: en una de ellas aseguran que entre 1550 y 1560 llegó a la región el misionero franciscano Fray Pedro de Betanzos y fundó en la periferia un convento que llegó a ser la cabeza de la “Provincia Franciscana de San Jorge”. En otra versión se dice que el poblado tomó el nombre cuando un abril de 1777 apareció en las costas del lago Cocibolca ó

Nicaragua una imagen del mártir cristiano San Jorge, en un lugar llamado Kuashzapolka, conocido actualmente como hacienda Nahualapa.

En la isla de Ometepe vivían Don Juan Concepción y Josefa, padres de Elia María la esposa de Toñito, por lo que los hijos del matrimonio llegaban con alguna frecuencia a pasar vacaciones a la finca de los abuelos maternos en la preciosa isla de costas de arena negra, por su origen volcánico. Siempre se asombraban los nietos de la abundancia de todo allá, pues Juan Concepción era un próspero y rico hacendado conservador muy dedicado a sus fincas (tenía dos en la isla), tan en abundancia era todo, hasta la naturaleza, que cuando estaba su descendencia con ellos, de visita, el abuelo Don Juan Concepción enviaba a un peón a sacar pescados del lago, para la cena, por ejemplo, y contaba primero cuántos chavalos había: -"Uno, dos, tres, cuatro. Hay cuatro micos, más los dos nosotros Josefa y yo, somos seis, así que sacame seis pescados del lago, volvé a echar al mismo todos los que sobren, solamente necesitamos seis, ninguno más", y había que devolver al lago muchísimos pescados que salían en solo la primer redada, pues el patrón solamente quería seis y punto, se arrechaba el hombre si sacaban más de lo justo y necesario. Igualmente era en la hacienda: había gran abundancia de frutas, de animales, de leche, quesos, cuajadas, de plátanos, café, era todo una abundancia por allá.

San Jorge queda a únicamente una legua de distancia de la ciudad de Rivas, conocida como "La Ciudad de los Mangos", cabecera departamental, la cual fue elevada al rango de villa en 1720, con el nombre de "Villa de la Pura y Limpia Concepción de Rivas", de la cual se deriva su nombre actual: para honrar al Capitán General Francisco Rodríguez de Rivas, presidente de la Capitanía General de Guatemala en aquellos días, posteriormente fue elevada dicha villa al rango de ciudad. Se conoce que las tierras que constituyen el istmo de Rivas emergieron del fondo del mar hace muy poco, geológicamente hablando, así vemos que su máxima altura es de más o menos unos 477 metros. Por su cercanía a la ciudad de Rivas, San Jorge tenía un crecimiento proverbialmente lento, pues todo se hacía en la población vecina: trámites, compras, diligencias, etc. Al igual pasaba con pueblos vecinos como Buenos Aires, Tola, Belén, Cárdenas, Potosí, Moyogalpa y Altagracia en la isla, por lo que era común el tráfico de gente en canoas o vapores, a pie o montados en rústicas bestias en los hermosos caminos entre estos villorrios y la ciudad de Rivas, así como también era muy bien vista y observada entre vecinos la antigua costumbre de dar posada alegremente a cualquier transeúnte que se le hacía de noche por el camino, pues siempre había sus bandoleros rondando y robando a incautos viajeros.

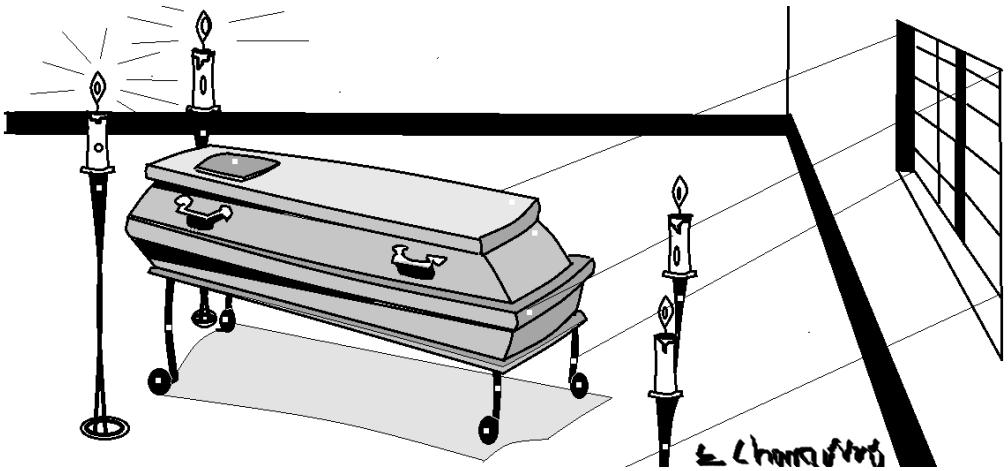
José Antonio siempre se emocionaba con los tragos, los benditos traguitos, tanto que le era imposible parar la farra, había veces que se recetaba

francachelas de hasta quince días. Eran farras de estaciones, pues empezaba la catadera en la cantina de su gusto en San Jorge y solamente Dios sabía a dónde podía terminar, bien podía ser en lugares tan cercanos como Granada, Managua o San Juan del Sur o tan lejanos como Costa Rica o Panamá, vaya usted a saber. Así era Toñito, a como le decían familiarmente, hombre sin aspavientos. Precisamente en una de esas bebidas de Padre y Señor mío, Toñito llevaba más de treinta días de perdido, había salido inocentemente a realizar un "mandadito", vestido con un traje entero de lino blanco, corbata negra y sombrero de pita, a como era su costumbre, y dijo antes de transponer la puerta de la casa: -"Ya vengo, Elia María, voy ahí nomasito a hacer un mandadito, no me tardo"- .

Treinta días después, Toñito aún no había aparecido de regreso del bendito "mandadito". Elia María, como mujer práctica, determinó que para bebedera ya era demasiado, que la desaparición de Toñito tenía que ser algo de más peso, y como mujer resuelta que era, en acordancia con su talante y carácter, se dirigió decididamente, inconsultamente, a arreglar con el cura del pueblo un entierro sin cuerpo presente, dando por muerto a Toñito, sin derecho a defensa. El cura estuvo de acuerdo en que si bien Toñito se ausentaba con alguna frecuencia, jamás lo había hecho durante más de quince días, él regresaba al décimo quinto día, era como su día límite de entendimiento insano con Baco y sus mieles, así que realmente esto estaba raro, él no objetaba la seguridad con que Elia María lo daba ya por muerto, era mujer seria, tenía la mejor escuela del lugar y era además muy meticulosa en sus asuntos, era la hija de Don Juan, el hacendado rico de Ometepe, tampoco se le escapaba que esa familia había donado muchos santos y había realizado muchas, muchísimas contribuciones a la Iglesia, hasta bancas para el parque habían dado, así que se dispuso que al día siguiente a las tres de la tarde, sin tardanzas, se haría misa de "féretro presente, sin cadáver adentro", para posteriormente proseguir, en compañía del pueblo, pues Toñito era muy querido por todos, en "entierro solemne" hacia el Santo Panteón de San Jorge y así darle cristiana y correcta sepultura al desaparecido.

La noticio se regó como pólvora: - "Toñito había fallecido y sus exequias serían mañana en la Iglesia La Merced, a las tres de la tarde, pobrecita doña Elia María y sus chavalos, tan buena que era ella, quedaban todos motos, Toñito, el sabio, había fallecido, que Dios lo tenga en su Gloria"-. La gente vecina, amigos de la familia y poblado en general, empezaron a enviar hermosos arreglos florales a la casa de Toñito, eran tantos que no alcanzaban y fueron trasegados en buena proporción a la Iglesia, mismos que sirvieron para adornar el templo para las ceremonias del entierro. Hasta altas horas de la noche la gente visitó en su casa a Doña Elia, iban a darle el pésame por tan infausta noticia, hubo que atenderlos con café negro caliente y sándwiches, fue un trajín la cosa, pues prácticamente llegó todo el pueblo a presentarle sus

respetos y dolor, Toñito realmente era muy estimado por la población. A las doce de la noche, completamente extenuados por el julepe, Elia María y sus hijos se fueron a descansar, llorosos los niños, solamente el menor Carlos Alberto no se daba mucha cuenta de lo que pasaba, a recuperar fuerzas para la vela y entierro de Toñito, pues la caja se la entregaba el carpintero al día siguiente a las siete de la mañana y a esa hora empezaría de ipso facto la vela del fallecido. Elia María esperaba que vinieran su papá y mamá al entierro, Don Juan Concepción y Doña Josefa, de la isla, ya les había enviado la noticia, así mismo estaba preocupada por Don Felipe y Doña Gertrudis, padres de Toñito, que si bien vivían ahí mismo en San Jorge, no se les había dado aún la funesta noticia, según recomendación de los hermanos de Toñito, que eran doce, como el número de los apóstoles: Clarisa, Dolores, Elsa, Felipe, Francisco, Humberto, Julio, Luis, Mercedes, Orlando, Ricardo y Ángela. Esperaría Elia María hasta la mañana siguiente para hacérselos saber, no quería que los señores sufrieran más de lo evitable y necesario, sabía que Don Felipe estaba algo delicado de salud.

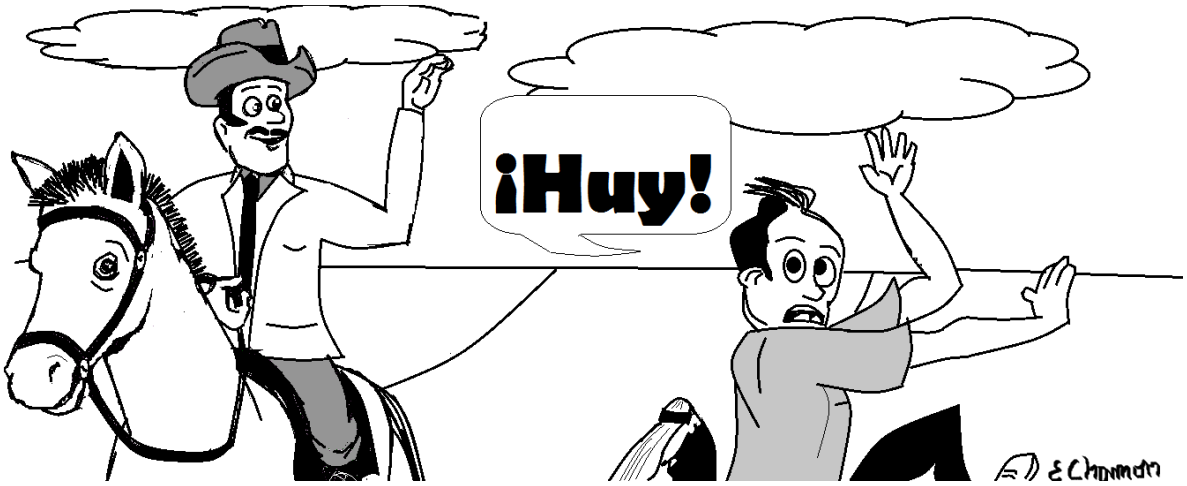


La vela en la mañana estuvo de bote en bote, los primeros en aparecerse fueron los amigos de cantina de Toñito, estaban consternados, se les había ido el “alma de las parrandas, el amigo sincero y franco, el chispeante Sabio, el poeta de Quevedo”, llegó una comitiva de la Empresa donde Toñito laboraba, propietario incluido, se presentó el alcalde y su señora, estaban también los padres de Elia María y de Toñito: los pobres Don Felipe y Doña Gertrudis, demacrados. Los doce hermanos de Toñito, en un silencio y atribulación bíblicas, sentados alrededor del féretro en jugándose las copiosas lágrimas de dolor. El gentío en pleno del pueblo estaba ahí, años hacía que no se había visto una vela de tal magnitud, la gente muy triste, los niños lloraban quedamente, los perros acostados en la frialdad del suelo, con las orejas

gachas y con ojos jalados y húmedos, lastimeros, los gallos no cantaban ni seguían a las gallinas, las palomas de castilla no volaban pues los vientos del lago habían cejado, la casa familiar llena de flores por todos lados e impregnada de sus exquisitos olores, todo mundo vestido de negro riguroso, unas viejas plañideras berreando al pie del féretro, a como era la costumbre en esos ya lejanos días, cuatro enormes cirios llameantes , como los cirios pascuales de los chistes de Toñito, en cada esquina del féretro , como haciendo guardia al desaparecido personaje, San Jorge estaba estupefacto, no salía de su asombro.

A las tres de la tarde en punto empezó la misa para el muerto, el pueblo parecía fantasma, todo el mundo en la Iglesia, las calles vacías. A esa misma hora, por pura casualidad, entraba José Antonio, Toñito, a San Jorge, venía por la calle principal, la que salía hacia Rivas y a la Cruz de España, montado en un burro, vestido con su traje entero blanco y de sombrero, notó él una extraña soledad en las calles, no se veía ni un alma, qué cosa más rara, se decía, pero siguió galopando pues tenía apuro de llegar a su casa. Como a tres cuadras de distancia de su morada divisó a Juanillo, caminando apuradamente hacia La Merced, un vecino, por lo que Toñito le dirigió un saludo cortés quitándose el sombrero a la vez. Juanillo primero no le puso mucha atención al montado, hasta que lo vio sin sombrero, le miró la sonriente cara y sus ojos celestes... ¡Era Toñito, el Sabio! ¡Dios Santo, esto se trataba de una aparición del más allá a plena luz del día! Salió Juanillo en veloz carrera, lleno de pánico, en dirección a la Iglesia, pues sabía que toda la gente estaba por allá, precisamente en el entierro del ánima que había visto campantemente montado en un burro y saludándolo a él. Cuando llegó Juanillo, todo cagado a la Iglesia, la concurrencia pudo escuchar sus alaridos llenos de pánico: -¡El

aparecido! ¡El aparecido! ¡El ánima de Don Toñito el Sabio anda aparecida, trotando en burro por las calles de San Jorge!



Toñito salió con la manida excusa a Elia María que se le había presentado de improviso un gran negocio de compra-venta de ganado, por lo que no había tenido oportunidad de avisar y se había marchado intempestivamente a Costa Rica a finiquitarlo, pues si no, se le caía, traía buenos reales en la bolsa para demostrarlo . Por su puesto que “La Señorita” no se tragó el cuento, pasó más de un mes sin dirigirle la palabra, ni una tan sola, hasta que el enojo se le pasó. El cuento del “aparecido” dio para muchos días de habladurías en el pueblo, pero todos al final, estaban felices que Toñito estuviera más vivo y coleando que nunca, él mismo gozaba con todo lo del entierro, decía: -Vine puntual a mi entierro, para que veás, Elia María, para que veás, vine puntualito-.

(Hospitalidad)

Un tiempo después, ya olvidado el asunto anterior, Toñito estaba más dedicado a la compra-venta de ganado que a llevar la contabilidad ajena, por lo que viajaba constantemente consiguiendo animales en venta en todos los rincones de Rivas. Fue en uno de estos viajes cuando ya viniendo de regreso a San Jorge, montado en su caballo de nombre "Quevedo", tuvo que pedir posada en una rústica casita a la orilla del camino, pues todavía estaba a unas tres buenas leguas de su pueblo y ya la noche oscura se avecinaba. Toñito divisó a una señora de unos cincuenta años, que estaba sentada en una silla de madera en la entrada de la casita, así que detuvo al caballo y se dirigió a ella:

-Buenas tarde, mi muy apreciable señora. Como usted verá, voy de camino hasta San Jorge y me agarró la noche, por lo que solicito a usted, si no es molestia mi pedido, me brinde en su digna morada hospedaje para pasar la noche, debo decirle que es mi costumbre retribuir las molestias causadas con una cantidad simbólica de dinero para no cargar onerosamente dicha hospitalidad a mi anfitrión.

-Claro que sí, señor, es costumbre nuestra brindar posada a personas que les agarra la noche por estos lados, siempre y cuando sean de fiar, honorables y educadas, a como fácilmente se mira y aprecia que es usted-. Contestó la mujer, sin hacerle saber que lo había reconocido inmediatamente, era Don Toñito, de San Jorge.

-Muchas gracias, doñita, ¿Cómo es su gracia?- , preguntó amablemente Toñito.

-Me llamo Inés, señor. Vivo acá con mi hija Barbarita- dijo la señora, a la vez que gritó hacia el fondo de la casita: - ¡Barbarita, calentá más café y frijoles, hacete más tortillas para la cena, tenemos un caminante que pasará aquí la noche, abreviate pues mija!

Bárbara se asomó a la puerta, era una bella muchacha, estiró su cuerpo oteando hacia afuera mientras se secaba sus manos en un delantal corto que llevaba puesto, Toñito quedó perplejo al divisarla: La Barbarita estaba bárbara, en sus veintes, alta, pelo negro brillante, negro azabache, liso, largo hasta donde las espaldas pierden su nombre, de atractivo y fino cuello, de tez blanca, con largas y torneadas piernas, cintura pequeña, bustos redondos y turgentes, ojos soñadores encima de los cuales lucía unas cejas naturalmente delineadas, con una naricita respingada, era toda una belleza la joven, con todos y cada uno de sus ornamentos en su lugar, estaba como que la hubieran mandado a fabricar especialmente, no le sobraba ni le hacía falta nada, todo en su lugar, perfecta la niña. Miró Bárbara a Toñito, con una sonrisa entre mohína y coqueta, lo saludó con un -"buenas tarde tenga usté señor,"- y

contestó en seguida a su madre que estaba bien, que ya se afanaría en lo pedido y regresó al fogón interior a proseguir con su trabajo volteando a ver risueñamente a Toñito en el trayecto.

-Le agradezco Doña Inés su hospitalidad, yo me llamo Ramiro, para servirle. Debo decirle que su hija Barbarita es una joven muy bella, la felicito, tiene usted un querubín en su casa- dijo Toñito atisbando el fondo de la casa y ocultando su verdadero nombre por debida precaución.

-Muchas gracias Don Ramiro – contestó doña Inés sin dejar de pasar inadvertido el sobrado interés mostrado por el dilecto ciudadano a su retoño. Siéntese acá conmigo, platiquemos un rato mientras Barbarita termina de hacer la cena. Toñito amarró y desensilló a Quevedo, y se fue a sentar con la señora, y empezaron a platicar como viejos amigos. Le contó Doña Inés que vivían ambas solas, pues su marido había muerto macheteado unos diez años

atrás, en una pelea de gallos, que arrendaban una tierrita que el occiso les había dejado y que de eso vivían, humildemente, pero les daba para todo, sin lujos. Que la casita necesitaba ya reparaciones, pues se había desatado un termitero que ni quiera mi Dios, se las escuchaba comer la madera en el silencio de las noches, como que estuvieran comiendo galletas las condenadas, no hallaba qué hacer con ellas, vivía bañando en gas los pilares y las alfajías y nada, la cosa seguía en lo lindo, les caería encima la casa un día de estos.

-Doña Inés, le enviaré cuando llegue a mi casa a Gabrielito Parajón, él es arrecho a eso de combatir termitas, arréglese con él, le diré que le cobre barato. Y dígame, doña Inés, ¿Cómo es que no se le ha casado aún Barbarita? Me imagino que no le faltan pretendientes, ella es muy bella- preguntó Toñito a su anfitriona.

-Pues sí, muchos pretendientes tiene la niña pero ella es muy seria, no le gusta eso de andar pelando los dientes a cualquiera y menos a los muchachos campesinos de estos lados, ella sueña con irse a vivir a Granada, a una gran casona, como la gente de bien, ese es su tema: Granada aquí, Granada allá… Nadie la saca de eso,- contestó la señora encendiendo un cigarro casero de hojas de tabaco enrolladas.

-Hace bien, señora, siempre es bueno soñar alto, el que sueña bajito, arranca monte, todo se chima y de repente da el platanazo- contestó Toñito riéndose él solito de su ocurrencia.- Yo viajo con alguna frecuencia a Granada, continuó expresando, nada me costaría pasar por Barbarita para llevarla a pasear por allá, aunque sea unos pocos días, por supuesto que en compañía de usted también, estimada señora, para mí sería más que un placer.- dijo Toñito elevando un poco la voz para que Barbarita lo pudiera oír desde el fondo de la casita.

La señora se levantó sin contestar, se adentró en la casa echando nubes de humo y salió al ratito invitando a “Ramiro” a que pasaran a la mesa a cenar, que ya Barbarita tenía todo listo. Procedieron a comer, Toñito no despegaba los ojos de Barbarita, le dirigía sonrisas y halagos a su comida, le decía que esos frijolitos así jamás se los había comido ni en el mejor restaurante de Granada (sabía lo que hacía) y que el café negro parecía néctar sublime de los dioses del Olimpo griego y que ella, Barbarita, seguramente era una vestal caída del Cielo, comisionada objetivamente para hermosear y adornar esta tierra tan ingrata y adusta con su belleza, con el permiso de Doña Inesita lo decía, pues él era un hombre muy franco y llano, de fácil verbo y más aún cuando tenía el numen inspirado por tan cegadora belleza de ningún modo terrenal, tenía que ser un ángel etéreo caído del mismísimo Edén, él podía escuchar claramente la cítara de Apolo tocando. No le cabía ninguna duda que ella era una de las nueve musas hijas de Zeus y Mnemosine, tenía que ser la bella Calíope, sólo la corona de laureles le faltaba, por eso su elocuencia. Ni

Doña Inés, mucho menos Barbarita, entendieron parte alguna de tan elevada perorata, ellas eran gente sencilla del campo, que llamaban a la tortilla, tortilla y al café, café; pero ambas rieron con las expresiones risueñas que hacía el señor con su cara, a veces Toñito cerraba un ojo a Barbarita, cuidando que no viera el movimiento Doña Inés, ella le devolvía una tímida sonrisa y bajaba la mirada penosamente, mirando de soslayo con el rabo del ojo a su madre.

Así acabó la cena, don Toñito hablando y ellas riendo de sus ocurrencias, como los candiles consumían gas y el fogón ya era puras ascuas, Doña Inés le indicó a “Don Ramiro” el lugar donde él dormiría: se trataba de una pieza pequeña, con una “tijera” tendida, que es una litera de lona gruesa que se puede plegar, muy usada en el país por esos tiempos, la pieza estaba separada del cuarto donde madre e hija dormían por apenas un biombo de madera grande. Se dijeron buenas noches y cada quien entró en sus aposentos, Toñito observó que las féminas apagaron su candil y oyó el crujir de las tijeras cuando ellas se acostaron. Él también apagó el suyo, se quitó sus pantalones y quedó listo para dormir en calzoncillos blancos de puro algodón, se tiró en su tijera y empezó sin haberlo meditado antes a maquinar su plan, se le venía solito a la cabeza, no lo podía evitar: esperaría a que Doña Inés se durmiera completamente, para después, con mucho cuidado y sigilo, escalar el biombo cual gato de siete vidas y pasar así a la pieza donde dormía Barbarita, estaba seguro que ella le respondería positivamente a sus urgentes requerimientos de amores, ella estaba al fondo del cuarto, lo pudo oír pues la tijera que tenía más cerca de él, en la pieza vecina, tronó feo cuando seguramente Doña Inés se echó, ella era pesada, Barbarita era liviana, livianita como los sueños celestiales, apenas escuchó tronido alguno cuando ella se acostó.

Cuando pasó un buen rato, Toñito empezó a escuchar un ronquido estruendoso proveniente de la garganta de Doña Inés, parecía tractor defectuoso, como motor de combustión queriéndose apagar y era nuevamente encendido con mucho esfuerzo, pensó que ya la señora dormía profundamente, totalmente entregada a Morfeo, así que se levantó silenciosamente, se quitó los calcetines para así lograr más fricción con las plantas de los pies en la madera del biombo, como para agarrarse mejor y empujar así para arriba, simple física para ascender al tope. Procedió con el ascenso, colocó su pie en un resquicio del biombo, le alcanzaban justamente los tres dedos más grandes del pie derecho, era lo suficiente para escalar, buscó a tientas el lugar donde colocaría el pie izquierdo y tras un leve momento de búsqueda lo encontró: un clavote saliente, como de cinco pulgadas donde seguramente guindaban ropa, todo marchaba bien. Cuando echó el peso de su cuerpo en el clavo donde colocó su pie izquierdo escuchó

un tremor, como un crujidero de maderas, se detuvo, recordó súbitamente lo que doña Inés le había contado sobre la plaga de termitas, aguardó en silencio cualquier reacción de las durmientes y del biombo… ¡Nada, todos quietos! Así que continúo en su trepada. Solamente un impulso más y llegaría al borde superior del biombo, agarró fuerzas y dio el brinco… ¡Zas! ¡Estaba ya en el extremo superior! No había hecho mayor ruido, se sentó en el filo de la madera con sus piernas guindadas y oscilando en el aire en dirección al cuarto de la bella durmiente. Siguió Toñito como acomodándose y calculando en la oscuridad dónde jodido tendría que dar el salto de caída, limpio y silencioso, para que la vieja no se despertara, en eso el biombo empezó a temblar, una tembladera que se inició lenta y aumentaba en cada segundo que transcurría, Toñito se agarraba fuertemente con ambas manos del extremo del biombo, las piernas bamboleaban en oscilación violenta, inconsulta, la tembladera empezó a hacerse terrible, el biombo no resistió más…

¡Barambambán! Se escuchó una crujidera de maderas y una caída libre espantosas, el biombo había colapsado totalmente: había cedido sin ninguna dignidad, había caído íntegramente hacia el cuarto de Barbarita y Doña Inés. En la estrepitosa, más que sonora: escandalosa y abrupta caída, Toñito cayó acostado en la tijera de la vieja, vestido únicamente con sus calzoncillos blancos de algodón, cayó él en posición perfecta, de cúbito supino, como si durmiese al lado de la señora, dándose únicamente un buen pencazo en la cabeza con la madera de la tijera, golpe que se escuchó nítidamente como un gran ¡Plop! Fuerte y seco e hizo que la cabeza de Toñito diera una pequeña carambola con la cabeza de la vieja. Doña Inés se levantó dando gritos, sobándose la cabeza con sus manos, sin saber lo que pasaba, corrió a encender el candil y cuando lo hubo hecho vio la cara asustada y lívida, pálida, de su huésped, los ojos celestes abiertotes y ausentes: Tirado entero en su tijera, casi en bolas, como sobobo por el cachimbazo que recién se había dado con el borde de la madera…

-¡Jesús, María y José! ¡Pero si es usted el que me cayó de sopetón! ¡Don Toñito! ¡Don Toñiiiito! ¡Me hubiera dicho que requería a la muchacha y yo misma se la mandaba a su pieza! ¡Casi me raja toda la jícara! ¡Me desgració toda la división de puro gusto!- exclamaba Doña Inés agitando sus manos y señalando a Barbarita: la bella Calíope seguía dormida, ni cuenta se había dado de nada, su sueño era profundo, estaba en un mundo inaccesible a los terrenales, estaba en el fabuloso mundo de las musas o su mente soñaba con la Granada prometida de Don Ricardo, ¡Vaya usted a saber!

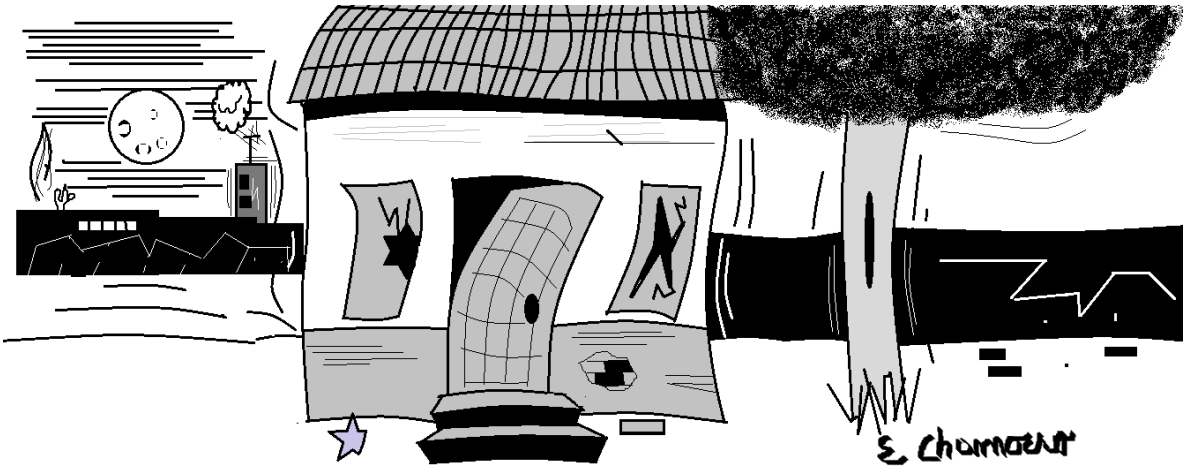
Toñito continúo con su vida, misma llena de anécdotas y aventuras díscolas. Quiso el destino que relativamente joven perdiera la visión, irremisiblemente, debido a un glaucoma, blanqueando y difumando sus

preciosos ojos celestes miserablemente, más nunca perdió su alegría ni ánimos de vivir. Siendo ya un anciano ciego, se trasladó a vivir con la familia de su hijo menor Carlitos, quien era un prominente abogado del país, en compañía de “La Señorita” a la capital, a Managua. Doña Elia María murió primero, de vejez avanzada, celosamente cuidada por Chale y Gracielita, su otra hija, quedando solo Toñito.

(El Terremoto)

El 23 de diciembre de 1972, a las 12:35 de la mañana, un terremoto de magnitud 6.2 Richter sacudió la ciudad de Managua, destruyéndola por completo. El terremoto tuvo una duración de 30 eternos segundos, seguido por dos réplicas de 5.0 y 5.2 grados Richter a la 1:18 A.M. y 1:20 A.M. respectivamente. Estas sacudidas acabaron totalmente con el centro de la ciudad y causaron cerca de 19,320 muertos y más de 20,000 heridos. Managua conservó un fuerte hedor a muertos durante cinco meses, debido a la cantidad de cadáveres no sacados de los escombros, pues no pudieron ser recuperados, por lo que el número de víctimas mortales era mucho mayor a lo arriba expresado oficialmente. Este terrible hedor se calmó hasta con las primeras lluvias de mayo de 1973. Los incendios causados por el fenómeno telúrico se prolongaron durante las dos semanas siguientes, hasta el 6 de enero de 1973 exactamente, debido al colapso total de las tuberías de agua y al desplome de los dos únicos cuarteles del Benemérito Cuerpo de Bomberos de Managua, situados uno en el barrio Candelaria y el otro frente al Estadio Nacional, se

derrumbaron por completo ambos, aplastando todas las unidades apaga fuegos y el equipo contra incendios que estaba adentro, esto obligó a los cuerpos de bomberos de los departamentos de Carazo, Granada, León, Masaya y Matagalpa a asistir a Managua a apagar el fuego. La energía eléctrica se fue en casi todo el país debido a que su distribución estaba centralizada en la capital para esa época, fue un verdadero desastre y drama humano, la destrucción fue comparada con la de las ciudades de Hiroshima y Nagasaki, Japón, después del estallido de las bombas atómicas el 6 y el 9 de agosto de 1945, respectivamente. El ejército alambró toda el área destruida y procedió a tirar a los ladrones, que hacían de las suyas insensibles ante el drama que se vivía. Desde 1931, cuando hubo otro terremoto, no había vivido Managua nada parecido.



Toñito se trasladó en la emergencia a la ciudad de León, con Chale y toda la familia, buscaron cobijo donde un nieto del sabio: José Luis, que se había casado con una leonesa llamada Yadira Auxiliadora y vivían en el centro de la Ciudad Metropolitana, junto a ellos llegaron aproximadamente treinta parientes más de Managua que habían perdido sus casas y pertenencias y trabajos, gracias a Dios la casa era colonial, muy grande, con unos grandes corredores al fondo de la misma, así que todo mundo alcanzó bien, dadas las trágicas circunstancias. Toñito estaba sentado, pensativamente, cerca del comedor de la casa, sus manos se apoyaban en un curvilíneo bastón brillante, de madera,

estaba ensimismado, como pensando, en eso oyó pasos cerca y reconoció la voz de su nieto José Luis, lo llamó y establecieron este diálogo:

-José Luis, vení para acá un ratito.- Dijo Toñito.

-¿Qué se te ofrece abuelo?

-¿Por casualidad no tienes por ahí guardado un poquito de Whiskey, Ginebra o Brandy? Ando un poco estresado y creo que necesito un traguito.

(José Luis, sabiendo la afición a los traguitos de su abuelo, trató de cerrar paso.)

-No, abuelo, no tengo ningún tipo de Whiskey, Ginebra o Brandy en la casa.

-¿No tendrás algo de Ron o Coñac aunque sea?- Insiste Toñito.

-No, abuelo, no hay Ron ni nada de Coñac tampoco.- Contestó el nieto.

-¿Tal vez algo de algún licor de menta, Anís del Mono ó licor irlandés, algo parecido?

-No abuelo, nada de eso.

-¿Seguramente sí tienes alcohol etílico al 70%, el que se usa para curar heridas?

- No abuelo. ¿Es que no te das cuenta que hubo un gran terremoto en Managua? El Gobierno ha prohibido el expendio de toda bebida alcohólica y ni en las farmacias te venden alcohol, está súper prohibido eso por la situación nacional de catástrofe, todo el licor que había en las casas la Guardia Nacional lo pasó requisando.- Contestó José Luis.

-¡Hombre jodido! ¡Esa sí! ¡Esa sí, José Luis! ¡Esa sí es una infausta noticia! Exclamó abrumado Toñito.

Eduardo J. Chamorro Baca

León, Nicaragua, 17/01/2013.-